

**Archicofradía de
Nuestro Padre Jesús Nazareno
de la Sangre,
Santo Cristo Verde
y
Nuestra Señora de la Santa Vera+Cruz**

**II PREGÓN
DEL LUNES SANTO**

POR

D. ANTONIO M. GARRIDO MORAGA

REAL MONASTERIO DE SAN ZOILO

SÁBADO 18 DE MARZO 1992

Dignísimas autoridades:

Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y hermanos de la Real Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Santa Vera Cruz de este Real Monasterio de San Zoilo.

Señores miembros de otras Hermandades.

Señoras y Señores.

He de empezar pidiendo licencia e incluso perdón por este atrevimiento, mucho más después de las palabras de mi presentador, que agradezco de todo corazón, pero que aumentan mi responsabilidad ante vosotros, ilustre senado de la más que ilustre Antequera, convocado a este Pregón de los Estudiantes. Mi gratitud al Sr. Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno por haberme confiado la misión de cantar y glosar algunos aspectos de esta Real Archicofradía cuando la Semana Mayor ya nos llama y nos convoca desde cada flor, desde cada esquina, desde cada campana para que los sentimientos estén prestos y el corazón abierto en el gozo y la penitencia de las bellezas indescriptibles de nuestra gran Fiesta Religiosa. Mis fuerzas son pocas, mis medios escasos; pero con la ayuda del sentimiento, del amor y de vuestro generoso entusiasmo, espero llevar a buen puerto la misión que me ha sido encomendada.

Quiero tener un recuerdo entrañable para Francisco Montero Galvache, primer pregonero de la Archicofradía y maestro indiscutible en estas lides tan hermosas cuanto difíciles.

No tengo más mérito que ser nazareno, que haber heredado el amor a la Semana Santa desde que tengo memoria y los primeros recuerdos me hablan de túnicas y

tambores, cera y trompetas, bulla y silencio. Estoy aquí sin haber nacido en esta ciudad antigua que piensa al igual que Venecia que vivir, lo que se dice vivir, únicamente se puede realizar habiendo visto la luz a la sombra de su castillo y de Santa María la Mayor y teniendo en la pupila el infinito horizonte de la Vega.

Permitidme que me funda con vosotros gracias a un aval de amor que mi familia ha tenido siempre como timbre de orgullo. Mi padre, aquel hombre que no podía vivir sin el aroma salino de su Málaga, sentía cada año la llamada de estas tierras del misterio y de la belleza y volvía en una cita impostergable para ser hermanaco del Santísimo Cristo de la Salud y de las Aguas. Y así esta ciudad, que es un semicírculo para abrazar al que llega y rendirlo en el perfil único de su estilo, está tan presente en mi corazón como aquellos días infantiles en los que corría por los lienzos de la muralla del Papabellotas jugando con mi hermano, o cuando me asombraba con los ojos muy abiertos ante las maravillas del arte que estas iglesias encierran, o cuando venía cada viernes, en alas también del amor, a ver a mi novia, recién licenciada y Profesora jovencísima del Instituto Pedro Espinosa. Y hoy, cuando amigos y colegas en las tareas docentes viven y entregan su mucho saber a generaciones de jóvenes.

Así, el tiempo, que somos nosotros, va poniendo los tonos sepias en la memoria y va intensificando, por el contrario, los tonos azules en un lugar impreciso del corazón, dándonos razones que ni la propia razón entiende. Y así Antequera, la del Efebo y la del retablo del Carmen está en mi corazón.

Antequera, la Antikaria que llamaron los romanos, ellos mismos desconocedores de la antigüedad de su origen, se renueva cada año para convertirse en Jerusalén y en Vía Sacra, donde la estética única que los cofrades han ido creando en un ejercicio de depuración de siglos, se desborda en los tornasoles amarantos de la atardecida, cuando el velo del templo aún no se ha roto y los palacios de la Noble, Leal, Invicta, Heroica y Mariana ciudad se asombran al paso de los tronos que van representando el memorial plástico y emocional de la Pasión de Cristo.

Esta Antequera cristiana que conquistó el Infante tras cinco meses de asedio, tras cinco meses de muerte y de poesía, porque ahí quedan los romances de la Mora Garrida, del Abencerraje, de la Peña de los Enamorados para unir los contrarios y para que la muerte sea convertida en palabra eterna en el octosílabo, para que otra vez el amor sea el Ave Fénix que renace sin tiempo. La ciudad en la que aficionarse a la poesía era y es fácil por su propia naturaleza de cruce de caminos y, al mismo tiempo, de huerto cerrado en la contemplación absoluta, en el recrearse de y ante sí misma, nuevo Narciso en el espejo de la tierra en que se mira desde la eminencia de su altura. Y así, aquel 16 de septiembre de 1410 las bastidas y las lombardas que sajaron los muros hasta el centro, quebraron un mundo y crearon otro en la bandera del caballero Garcí Fernández Manrique que fue la primera que ondeó en las torres. Y Antequera fue cristiana sin dejar de ser árabe y romana y eterna. Y se desbordó en las gestas heroicas de la batalla de los Cuernos que le valió el título de ciudad y en las campañas de Granada y Málaga. Valor y poesía en el Por su Amor de su escudo donde la fuerza del león y la reciedumbre del castillo se abrazan con el poema lírico de la jarra de azucenas que se ofrenda a la Virgen María como la pleitesía galante de una ciudad de hidalgos a su servicio, al servicio de su inmaculado nombre de madre amantísima y corredentora.

Y el Pregonero no encuentra mejor manera de cantar a esta tierra que con las palabras de uno de sus hijos más ilustres y al mismo tiempo más sencillos, que en ese saber radica la verdadera nobleza que es fundamento de los blasones del corazón y de la finura del espíritu. Hace años que admiro a José Antonio Muñoz Rojas y conservo una dedicatoria en la antología de sus poesías que siempre llevo muy dentro y que le agradezco de todo corazón. José Antonio, y no descubro nada al referirme a la relación de patronazgo de su familia para con la Archicofradía, ha unido la tierra y Dios en el salto mortal que es la palabra poética. Sea su verso de pura y limpia raíz antequerana el homenaje que hago a la ciudad y a los hombres que hoy generosamente me permiten estar aquí:

*Gracias, Señor, por lumbre y por ribera,
por amoroso muro y por semilla,
por la mar que se postra y por la quilla,
por molino y besana, troje y era.*

*Por sangre, por mirada, por ladera
que la vid ennoblece, y donde brilla
en tus piedras el sol, por faz sencilla,
y flor en zanja y mariposa en vera.*

*Por darme y por no darme, por tenerme
de tanto sueño el corazón colmado,
y de tanta esperanza de ternura
embebidos los huesos, por haberme
mis techos con tu paz tan bien cargado,
que gimen ya las vigas de ventura.*

(*Abril del alma*)

Las palabras del poeta son encarnaciones asumidas en su alma donde conviven desde la serenidad y la ponderación con la realidad de lo que es sincero. Todos los elementos de la vida se acercan a la gratitud a Dios. La propia vida, representada en la sangre y en la mirada, que es camino de los espíritus del amor. Y siempre la naturaleza que lo rodea todo. La totalidad es el sentido último y el alma se colma de esperanza anhelante y los huesos serán el polvo enamorado de la eternidad, único ámbito para el Señor que no se puede morir como dijo San Francisco de Borja.

Después de la conquista, Antequera dependerá de la mitra hispalense y tendrá tres parroquias: San Salvador, San Isidoro y Santa María de la Esperanza. El historiador Antonio Parejo Barranco ha señalado la poca atención que el Arzobispado sevillano prestó a la vicaría durante los más de setenta y cinco años que estuvo bajo su jurisdicción. Por la bula *Pastoralis Officii* de 1847 el Papa hace depender esta vicaría de la mitra malagueña a instancias de los Reyes Católicos, quedando adscrita al Patronato Real. En 1503 el obispo Diego Ramírez de Villaescusa erige la Colegiata de Antequera creando una nueva infraestructura eclesiástica. Y es en el período que va desde 1500 hasta 1527 cuando la vida del

clero regular adquirirá un notable incremento. Así en 1500, en el solar en el que acampó el Infante, se funda este Real Monasterio de los Franciscanos Observantes dedicado al mártir San Zoilo que, junto con sus compañeros, consiguió la palma en tierras cordobesas. No es el lugar de detenerme en los valores arquitectónicos de este edificio en que nos encontramos, sólo diré siguiendo a Juan Manuel Moreno García que San Zoilo es absolutamente emblemático en el transcurrir de la vida espiritual de Antequera, y también en su vida pública por la estrecha relación con el Coso de San Francisco. En este marco incomparable donde la historia se remansa porque ya no tiene prisa, porque se deleita en las bóvedas góticas, en los artesonados, en el arco carpanel de la entrada o en la espadaña que se construyera con las limosnas de la ciudad, es donde la Real Archicofradía verá también el paso de su propia vida ejemplar desde que se fundara entre 1525 y 1530 para dar culto al leño donde Jesús sufrió el martirio, para dar culto a la Vera Cruz.

La devoción a la cruz no se encuentra en las primeras comunidades cristianas porque era un instrumento infamante de tortura. Morir en la cruz era una muerte cruel y vergonzosa que se consideraba como una maldición. Es en el Evangelio de San Juan en el que aparece la muerte en la cruz como una glorificación. La cruz se convierte en el trono del Hijo del Hombre. De esta manera se supera la degradación y el instrumento de tortura llega a ser el medio de la salvación y de la vida. Descendiendo, Jesús asciende para retornar al Padre. Alcuino de York, en el siglo IX, escribe el Oficio Divino para la fiesta de la Invención de la Cruz del 3 de mayo.

Se cuenta en Santiago de la Vorágine que estando Adán enfermo, su hijo Seth acudió a las puertas del Paraíso y pidió un poco de óleo del árbol de la Misericordia para ungir el cuerpo de su padre y devolverle la salud. El guardián de la puerta, el arcángel San Miguel, le entregó un tallo de árbol y le mandó que lo plantara en el monte Líbano. Cuando regreso, encontró a su padre muerto y plantó el tallo encima de su tumba. Se convirtió con el tiempo en un árbol corpulento. El rey Salomón lo mandó cortar y ponerlo como una viga en un palacio que estaba construyendo. Los carpinteros lo tallaron pero no pudieron colocarlo en ninguna parte porque en unas quedaba largo y en otras demasiado corto y, a pesar de que intentaron igualarlo, no lo consiguieron. Así, que lo colocaron como pasarela sobre un regato de agua. Cuando la reina de Saba fue a Jerusalén para conocer a Salomón, al pasar junto al regato tuvo una revelación y adoró el madero devotamente. Otra versión afirma que la reina avisó al rey judío que un día alguien sería colgado de ese mismo madero y que de ese modo acabaría el reino. Entonces Salomón lo mandó enterrar profundamente. En ese lugar se construyó la piscina Probática en la que los Natmeos purificaban a sus víctimas. El agua tenía poderes curativos.

Poco antes de la Pasión, el madero apareció en la superficie y los judíos lo sacaron y usaron para hacer la cruz en la que Jesús murió. Otra tradición sostiene que la cruz fue hecha de cuatro maderas diferentes: de palmera, ciprés, cedro y olivo y así parece que lo acepta San Pablo.

Durante más de doscientos años la cruz estuvo enterrada hasta que la encontró Santa Elena, madre de Constantino. Ante la inminencia de una batalla, el

emperador tuvo un sueño en el que un ángel lo invitaba a mirar hacia lo alto, allí vio una cruz formada por dos rayos luminosos y una inscripción con letras de oro que decía: Con este signo vencerás. El emperador mandó hacer una cruz y que un abanderado la llevara delante. Esta sería la primera procesión y de esta manera, sostenida por un sacerdote o por un hermano y escoltada por velas verdes, que es el color de los cirios de esta advocación, se mantuvo en el mundo cristiano durante siglos y así fueron las procesiones de esta Archicofradía, cuyo título primero fue de la Santa Vera Cruz y Sangre, cuando cada Jueves Santo en recorrido penitencial subía al cerro de su nombre.

Santa Elena fue a Jerusalén e interrogó a los más importantes judíos sobre el paradero de la cruz. Estos se negaron a informarla. Uno de ellos, llamado Judas se refirió al Gólgota, lugar donde Adriano había construido un templo a Venus. Elena lo mandó destruir y arar el campo. Descubrieron tres cruces y para saber cuál era la de Jesús colocaron encima de cada una a un cadáver. Al entrar en contacto con la verdadera el difunto resucitó. No obstante sobre esta piadosa tradición también se afirma y así lo hace San Ambrosio, que la cruz fue reconocida por Macario, obispo de Jerusalén, leyendo simplemente la cartela que Pilatos había mandado clavar y que todavía permanecía allí. Parte de la cruz y los clavos los envió la santa a su hijo que fundió éstos para hacerse un freno para su caballo y un refuerzo de su armadura.

La devoción de la cruz se fue extendiendo rapidísimamente por el mundo cristiano y en su honor se crea toda una liturgia. A partir del 701 la devoción se concreta en la fiesta de la Exaltación de la Cruz. Se convierte en símbolo y los cruzados la llevarán en el pecho. las iglesias y catedrales se coronan con ellas, así como los estandartes y las encrucijadas de los caminos. En este contexto hay que situar los piadosos Vía Crucis de los que pueden arrancar las procesiones de penitencia como la de, permitidme el posesivo, nuestra Archicofradía.

Procesiones sencillísimas en las que los hermanos de luz iban junto con los disciplinantes que se azotaban el torso desnudo hasta sangrar. Los hermanos seguían el estandarte portado por miembros de las familias más ilustres de la ciudad como los Arrese o Arroyo Santiesteban y otros cargaban pesadas cruces. Sólo el canto del Miserere y el eco ronco y destemplado de una trompeta rompía el silencio de la madrugada.

Imaginemos la noche en su traje de sombras y las filas de penitentes con sus toscas túnicas. Imaginemos el seco ruido de las disciplinas y a un pueblo que se arrepentía de veras para volver a pecar después como escribió el poeta, un pueblo escindido en la doble naturaleza del mundo barroco, partido en el dolor y en los deseos de placer, una contradicción vital, una paradoja que da un sentido complejo a la Semana Santa, hija de esta época más que de cualquier otra. Quien así no quiera comprenderlo, quien así no quiera verlo que cierre sus ojos ante el resplandor de la cera, el olor de las flores, el olor del incienso. Son muchos siglos manteniendo este milagro anual al que nunca renunciaremos y que llevamos con orgullo sobre nuestras espaldas. Somos los herederos de generaciones de hombres que vivieron su fe con todos los defectos y también con todas las virtudes.

Una fe que se materializa en los diálogos mudos que se ven en las calles del

Lunes Santo cuando el Nazareno de la Sangre se insinúa en la brisa sutil del palio, fe que es un soplo místico en las heridas del Cristo Verde y en las lágrimas purísimas e irrefrenables de la faz de María de la Vera Cruz. Por ello mi voz quiere alzarse por la rosa de los vientos para proclamar estas Glorias Nazarenas, para coger el aire de una bambalina y el redoble atormentado de un tambor en una calle cualquiera de nuestra antequerana Vía Dolorosa.

Así es la Semana Santa, difícil de comprender, imposible de racionalizar; porque entenderla, como la fe, es un don gratuito que se tiene o no para penetrar en su esencia verdadera por encima de las apariencias. Es un milagro anual, repito, esta expectación que nos reúne, que nos hace uno sin distinción de edad o de nivel cultural y social. Cofrades somos y este es el título más hermoso que podemos ostentar. Así vivimos y así queremos morir, prendidos en los ojos misericordiosos de Cristo y amparados en los mantos de corte de la Virgen.

El antecedente de todas las cofradías de la Vera Cruz es la del Monasterio de Santo Toribio de Liébana que se funda en el siglo XII y que no tuvo carácter penitencial. Las primeras procesiones penitenciales nacen en los siglos XIII y XIV con los flagelantes. Es en el XIV y coincidiendo con la Peste Negra cuando adquiere la práctica de la flagelación un enorme incremento. Lo que en un principio tenía un sentido de conversión, se desvió en la idea de expiación y el objetivo era apaciguar la ira divina por medio del dolor, del derramamiento de sangre y del exterminio de los judíos. Estas desviaciones tuvieron que ser combatidas por la autoridad eclesiástica. En centro Europa hubo procesiones con más de diez mil flagelantes.

Nuestra hermandad de la Vera Cruz se relaciona con la expansión de la homónima sevillana, cuyas primitivas Reglas son de 1448, saliendo por primera vez en 1468, acompañada de la comunidad franciscana desde el convento Casa-Grande. A su vez Sevilla deriva de la hermandad de Toledo con la que mantiene vínculos muy estrechos. En el monasterio labró una grandiosa capilla que acumuló con el paso de los años un patrimonio artístico importantísimo, al igual que en nuestro caso y que, de la misma manera, fue desapareciendo no sólo por los avatares históricos sino por el espolio de los hombres. No es suficiente, siendo grave, echar la culpa a Mendizábal y su desamortización. Hemos visto como por parte del estamento eclesiástico se malvendían o repartían retablos, imágenes y enseres de las corporaciones nazarenas. Más mérito tiene pues el haber conservado, restaurado o mantenido estas joyas de arte que son herencia y presente de las joyas de fe del pueblo andaluz.

Precisamente el paso de los años va a ir enriqueciendo el programa iconográfico de nuestra Archicofradía que, sin perder nada de su sentido primero, acogerá un conjunto de imágenes que serán devotísimas y reverenciadas en toda la ciudad y por todos los estamentos sociales, pues hay que destacar el sentido abierto de la hermandad que nunca tuvo carácter gremial. Y es el momento en que el Pregonero haga su procesión particular, su recreación íntima y, al mismo tiempo, pública, para transmitirnos el que cree es el sentido último, la médula que ardió en el amor de Quevedo en un imaginario desfile que fue durante siglos el Jueves y hoy en los hombros de la juventud estudiantil es el Lunes Santo.

El doce de septiembre de 1543 se une a la Vera Cruz la Santa Hermandad de Flagelantes de la Preciosísima Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo y ese mismo año los hermanos obtienen la cesión de unos terrenos para labrar su magnífica capilla. Las devociones de la Sangre y de la Vera Cruz, de la mano de los franciscanos, han vivido muy unidas al mundo católico. La sangre de Jesús es el signo del sacrificio que tomó sobre sí y abre los caminos de la vida tras la nueva alianza. San Francisco de Asís, transido de amor, pedirá a Jesús experimentar en su cuerpo y en su alma los sufrimientos de la Pasión.

Sangre que es río en el costado abierto, sangre que es vida del manantial más limpio. Consoladora sangre que es lágrima en tu rostro. Agua y sangre.

Nuestro Señor de la Sangre es un Nazareno y este título es una expresión que afirma la humanidad y la divinidad. El evangelio de Juan es el que mejor recoge ambas realidades. Así Jesús será: pan de vida, la luz del mundo, la puerta de las ovejas, el buen pastor, hijo de Dios, la resurrección y la vida, la vida verdadera. Al final del relato no quedan dudas de esta doble realidad: Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Se conserva en el Museo Británico un marfil del siglo V que es la primera representación del Nazareno. El Señor lleva la cruz al revés y esta posición será la habitual hasta que en el siglo XV se irá sustituyendo por la manera más común actualmente. La representación del Nazareno va unida al episodio apócrifo de la santa mujer Verónica, a partir de una reliquia de la Santa Faz conservada en Roma desde el siglo XII. En 1475, Martín Schopenhauer grabó en bronce la escena creando un arquetipo. Jesús mira al que lo mira, su rostro concentra la fuerza expresiva, el dolor y la fortaleza. Un poco más tarde, Durero grabará dos series con la Pasión que ejercerán una poderosa influencia en España, así como también influirá mucho en la representación escultórica el maravilloso Pasmado de Sicilia de Rafael que se conserva en el Prado. Pocas veces se ha dicho que la tendencia a concentrar toda la atención en Jesús, dentro de las escenas en las que participan otros personajes de la tragedia, es de origen alemán y de allí se extiende a toda Europa.

El simbolismo de Jesús Nazareno de la Sangre con el stipes cruzado ante la figura y el patibulum cargado sobre el hombro es muy preciso. Para Isaías, Jesús va al martirio "Como cordero llevado al matadero"; si embargo en esta posición hay un clarísimo componente de triunfo. El madero es más el estandarte imperial, el lábaro. La pervivencia de Jesús con la cruz al revés, cuando permanece, lo hace en instituciones vinculadas a la Orden Franciscana y a los Santos Lugares. En el círculo artístico sevillano el modelo es el Nazareno de Francisco de Ocampo de la Archicofradía del Silencio de claros elementos manieristas como el acentuado contrapposto, el violento escorzo y la amplitud de la zancada.

En el círculo granadino los modelos son los que derivan de Pablo de Rojas, incluyendo en su círculo a Diego de Vega probable autor de nuestro Nazareno.

La imagen se talló en el último tercio del siglo XVI y es un ejemplo emblemático del Nazareno manierista que mantiene ese difícil equilibrio entre la dulzura y el dolor, en la insuperable elegancia de los pliegues de su túnica, en la tristeza

infinita de su mirada, en el señorío de su movimiento esbozado hoy y ayer, cuando la madera era el río frío de la plata y el tacto exótico del carey en la maravillosa cruz que te acompañaba. Cruz que los hombres del Barroco revistieron de lujo para hacerse la ilusión de que el arte podía mitigar en algo la tragedia.

La noche es mucho más que lo oscuro y que el enervante aroma del azahar, mucho más que la primavera, es el tránsito de cada año al puerto de luz que es el trono del Nazareno de la Sangre. La noche se despliega y envuelve al penitente que nota bajo las plantas como las calles son, de nuevo, esa eterna calle de la Amargura que todos llevamos dentro. Arriba, por tradición de equilibrios y lugares, los ángeles de chantilly y de confite de los retablos dorados, los ángeles de nervio y el castigo, los trompeteros y los del canto se asoman para ser espectadores, junto con los hombres, del renovado misterio. Ángeles y hombres en los dos extremos de una curva, de un arco con cordón franciscano por cuyo centro el Nazareno se va a derramar amorosamente, lentamente, con su paso único, entre los secos golpes de las horquillas de tus hermanacos, al son de la plata de la campana que es música cuando tu Hermano mayor la pulsa.

El tiempo de los ángeles que es el de los hombres se detiene ante la belleza de la imagen. Hay aceptación y una suprema serenidad ante el destino imposible de la muerte. El Nazareno es el lirio soberano, el Rey que no quiso reinar, el rey que se prendió a la cruz como un joyel con la certidumbre de que su destino estaba escrito. Antequera está a punto de llegar al núcleo del aliento y de la médula en el centro del pulso que la noche templea o acelera en cada esquina, en el balanceo del alma que no se encuentra más que con el dolor de sus contradicciones, perdida en la estética de los caminos imposibles que no llevan a ninguna parte, sólo al eterno principio.

El Nazareno detenido en el tiempo, rompe con su mirada hasta los más sólidos fundamentos que siempre se construyen con las arenas de la pasión y el desamparo. Jesús, ordenador del cosmos. Frente a Él, los hombres somos la imagen de la soledad, de la orfandad que se arrastra en el absurdo de nuestros gritos silenciosos. Los hombres, al igual que los ángeles, esperamos entre el fuego y el agua.

*Se horrorizan los ancianos,
se conmueven las doncellas
enseñando las pupilas tras los mantos y los velos,
anegadas por el llanto,
y la masa
por los suelos cae mostrando de temor y de dolores.*

*Van las huellas,
enmudecen los clarines
no se escuchan las querellas de tristísimas saetas
ni la voz de los abuelos que pidiendo van por Cristo.*

*Y en el rostro de los cielos,
como lágrimas enormes
se enternecen las estrellas.*

*Reina un hórrido silencio
que es tan sólo interrumpido
por redobles de tambores y algún lúgubre gemido
que se sube hasta los labios,
desde un pecho de fe lleno.*

*Y entre mil encapuchados, con mil llamas de mil cirios,
con las carnes desgarradas, aún más pálidas que lirios
y la cruz entre las manos,
cruza humilde el Nazareno.*

(Adaptación de Miguel Hernández)

Los ancianos y las doncellas; es decir, todos, todos vamos a ser actores y participantes en la tragedia que discurre ante los ojos atónitos.

Humillarse llenos de temor y de fe. El silencio se tiene que abrir paso necesariamente por encima de la ceremonia. Es una constante encontrar la verdadera expresión en el silencio donde cada uno se enfrenta a sí mismo. Las saetas, ese desgarrar que tiembla un segundo en la noche, esa rapsodia de madrugadas que se abre como un abanico de sombras ante la imagen debe callar también.

La naturaleza toda debe quedar en ese suspenso de máxima tensión trágica. Por eso las lágrimas del cielo que son las estrellas, quedan temblorosas sin saber qué ni cómo, en ese titilar de sorpresa prevenida y dolorosa espera. Las premoniciones y el destino nos aferran sin piedad y no hay mayor premonición que esta muerte anunciada, que es el destino fatal del Hijo del Hombre. Todos los elementos detienen su carrera. El silencio es horrible pero tanta tensión no es soportable y, de nuevo los roncros redobles de las cajas destempladas y las saetas. Porque el hombre no quiere abismarse más en la soledad de su propio silencio, porque quiere que Jesús Nazareno de la Sangre le hable y le perdone. Y el lirio redentor sigue su particular vía crucis abrazado a una cruz de amor.

Así la procesión que es la historia de la Archicofradía va pasando delante de los escudos de las portadas, delante de las lápidas de Roma y del ladrillo árabe, delante de la memoria de cada uno que es la suma de las memorias de los que no están.

El nazareno hace unas horas paseó la mirada por su cuarto, se miró hacia dentro y volvió los ojos hacia la cama. Allí está con sus pliegues perfectos que el amor de unas manos preparó con esmero: nuestro hábito, nuestra túnica. Es el rito que sólo nosotros podemos comprender de cubrimos el cuerpo para ser nazarenos. La túnica espera como todos los años. Y unos ojos furtivos, que miraron al padre que ya no está, se cubren con las lágrimas por el hijo que sale. La túnica es silencio o piropo en la calle con tanto amor en cada movimiento.

La vida seguía y la Archicofradía se fue haciendo poderosa y rica. Ya, desde 1555, la hermandad, por bula de Paulo IV, tenía las mismas santas indulgencias que

San Juan de Letrán y se acumulaban los legados y las mandas en los testamentos. En 1623 se redactarán nuevas Reglas y en 1631, Fray Juan del Castillo, Guardián del Real Monasterio viaja a Granada para adquirir la imagen de un crucificado de extraña y asombrosa policromía de color sinople que realizara en 1543 Jerónimo Quijano, el Santísimo Cristo Verde, el Cristo de la Buena Muerte.

Ninguna muerte es buena, sólo la Tuya. Desde este convento tu mensaje es más vivo, más hermoso si cabe. Tu imagen me sobrecoge, me abrumba aunque sé que hay que cumplir las profecías. Y Dios eres Tú desde el trono en que te pasean:

***Todo se ha consumado,
desde tu cruz, clavado, nos dijiste,
y el aire sosegado,
como una mano triste,
acarició los labios que moviste.***

(Rafael Morales)

En torno a esta imagen se creó una Cofradía que en 1641 se unió a la de la Vera Cruz y Sangre, quedando así la actual estructura de la Hermandad. Uniones del amor y del servicio al prójimo, uniones del corazón que se siguen renovando en el día a día cuando el aliento de la juventud se depositó sobre la pátina de los siglos.

La procesión se tuvo que configurar de otra manera. El primer trono sostenía la cruz desnuda con la dolorosa guardia del discípulo amado y de la Magdalena. A continuación Jesús amarrado a la columna bajo palio rojo. Detrás el devotísimo Nazareno de la Sangre con la túnica morada bajo palio púrpura. Después el Santo Cristo Verde, bajo palio verde y cielo con sol y luna, y cerrando la marcha Nuestra Señora de la Vera Cruz, con saya, manto y palio negros bordados en oro.

El misterio es consustancial con el rito y el Cristo Verde, este Cristo muerto es misterioso en la fe y el amor, los supremos arcanos. Este Cristo que estaba destinado a coronar un retablo y se quiso quedar más cerca, más próximo al hombre su semejante. Este Cristo de enorme fuerza impresionista que es divino sarmiento en el movimiento de sus brazos abiertos para acogernos a todos y que llega a expresar mucho más que el sufrimiento. Es un vértice genial en el renacimiento que sueña todavía con las estilizaciones del gótico.

Hasta el siglo XI los cristos eran mayestáticos, sublimes, teológicos y su humanidad parecía olvidada. Desde el siglo XII la escultura presentará un Cristo humano y rápidamente se irá transformando en un hombre que sufre hasta llegar al Cristo que padece terribles dolores y muere abandonado de todos en el patíbulo infamante.

Después, en la evolución iconográfica hay un momento en que Cristo en la cruz se retuerce en una curva característica, se desploma. Son dramatizaciones del naturalismo escolástico. Son imágenes con un agudo alarde de patetismo. Habrá que esperar a los crucificados de Fray Angélico y al modelo castellano del Cristo

de Burgos para encontrar un Cristo hombre que al mismo tiempo asume un conjunto de valores arquetípicos. Es el Cristo que nos llama. Después Martínez Montañés labró ese Apolo cristiano que es el Cristo de los cálices y Juan de Mesa el del Amor del Salvador. Según San Bernardo y San Buenaventura, el sacrificio de Jesús no fue sólo la reparación de la falta cometida por Adán, fue una lección de generosidad y Dios espera que el hombre responda con el reconocimiento a esta entrega. Afirma San Bernardo: Un miembro que no siente ningún dolor cuando la cabeza sufre, es un miembro gangrenado, y un cristiano insensible a la narración de la Pasión, no puede salvarse por ninguna virtud.

Los cristianos se acercarán al hombre y el diálogo no será desde el temor sino desde el hermanamiento en el dolor. Cristo Verde que fuiste coronado como un monarca de carnaval con la corona de espinas, como un loco que sería llevado a la destrucción entre las burlas y los insultos. San Ambrosio se refiere a este rey de nuestros corazones que se nos muestra bajo el rojo y el escarlata para designarnos la victoria y los triunfos del mártir. La corona lo domina todo, trenzada con espinas se ha convertido en el corazón de las meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo. Las espinas aplicadas con fuerza le perforan por todas partes; tantas puntas, otras tantas llagas; la sangre corre nuevamente y, como anunció el profeta, desde la planta de los pies a la coronilla, no hay en este hombre dolor que no le haya atormentado y mortificado.

Y Cristo muere y recibe la última herida en el costado, de la que manó sangre y agua, igual que de la frente en la noche de la agonía, allá en el Huerto. La sangre y el agua que suman el Bautismo y la Redención en un cuerpo golpeado. El caballero Perceval, en el poema de Chrétien de Troyes, después de ver las gotas de sangre que manaban de la oca herida se sumió en un largo sueño que lo llevó a la visión de Jesús en el momento de expirar. Así hay que abismarse en la contemplación de la Pasión de Cristo, en la del Cristo Verde, con infinito amor.

El Pregonero está firmemente convencido que, para su bien, ha llevado siempre en la sangre el amor a la enseñanza y quiero verte como el Divino Maestro; el de la lección más sabia por sencilla: amaos los unos a los otros.

Es muy difícil encontrar un eje que te explique, Crucificado señero, gloria religiosa de Antequera. Se necesita todo el amor que Dios produce en el alma, a través de una sublime arquitectura que dé cuenta de tu presencia aquí y ahora. El alma se tiene que mover por tu propio sufrimiento, por el abandono en que estás y que es mi abandono, el abismo insondable que tus cofrades dulcifican cada año en la calle, en las calle que son sueños de una ciudad imaginaria donde Pedro de Espinosa y Doña Cristobalina siguen escribiendo versos. Tú me esperas en la puerta del alma, en el frío de la noche. Es largo el camino del pecado y el alma se reconoce ingrata y presa de la locura ante tu llamada y Tú nunca te cansas de llamar porque eres el amor infinito que fluye y fluye. Para vos, Señor de la cruz que es mi cruz, este soneto de Lope, el monstruo que porque pecó os amó con una divina locura.

*La clara y blanca luna se oscurece,
el sol se eclipsa y pierde su luz pura,*

*la dura piedra se abre, que, aunque dura,
viendo morir a Cristo, se entenece.*

*El proceloso mar se altera y crece,
los vientos braman por la niebla oscura,
y el mismo cielo muestra a ser criatura,
sintiendo el mal que su Creador padece.*

*Luna, sol, tierra, mar, vientos y cielos,
viendo cercado a Dios de inmensa pena,
lloran y sienten lo que yo he pecado.*

*Yo me alegro llorando y me consuelo
viendo que es mar la sangre de sus venas
y mar donde se anega mi pecado.*

Y llegan los años de la decadencia porque todo quiere su principio y su culminación para morir o renacer. La historia de la Real Archicofradía entra en un triste período en el que, después de mil avatares, se verá reducida al culto interno con alguna esporádica salida como cuando acompañaba a la procesión de la Soledad y Quinta Angustia el Sábado Santo. Y la historia, hecha milagro de fe, ve como en 1959 un grupo de jóvenes se decide a dar vino nuevo en odres viejos. Y es obligado citar a Federico Anglada y Joaquín Franquelo y a la familia Muñoz Rojas, depositaria de un patrimonio, que gustosamente ha entregado a la hermandad. Así, entre la mirada escéptica de muchos, la sonrisa de otros y la comprensión de algunos ante estos muchachos que querían jugar a los tronos se tiene valor para dar nueva vida a los siglos y para que los títulos no sólo sean heráldica de papel sino sangre y ejemplo.

Porque el hombre ama, se entusiasma y crea, y tiene fe y sufre y hace rifas y tómbolas, se reúne, calcula, pide prestado y lucha contra los elementos para que esta hermosísima flor de Pasión pueda salir a la calle. Y ya sois historia, un capítulo más en este idilio espiritual que es la Real Archicofradía.

Estudiantes de nuevo os agradezco el honor que habéis hecho al Pregonero, a este Profesor de Universidad que se siente tan nervioso como cuando se examinaba de Gramática Histórica. Yo ya no puedo llevar la beca más que como señal de lo que fui, pero la tengo en mi corazón junto con las estrofas del Gaudeamus Igitur, el himno medieval y eterno.

La procesión va llegando a su fin y en este fin está la Madre. El Pregonero, que hace muy poco ha perdido a la suya, no tiene palabras para cantarte María Santísima de la Vera Cruz, a Tí que has recogido el título primero de la corporación nazarena. Señora de la elegancia y de la belleza, modelo de esa estética insuperable que es la vertical del palio que Antequera ha sabido mantener sin dejarse influir por otras modas y modos, joya entre las joyas.

Yo quisiera inventar un idioma que tuviera la música de la brisa en la Vega para cantarte, yo quisiera entregarte mi vida para mitigar en algo tu dolor de soledad y abandono. Tú nunca pediste nada y como la esclava del Señor seguiste a tu Hijo sin un lamento. Sólo el río de tus ojos, en la pureza infinita del corazón

inmaculado, es el camino que nos vas señalando. Dolorosa atravesada, doblada, quebrada en el dolor y, sin embargo hermosísima en el gesto contenido de tu llanto silente.

Yo quiero retenerte siempre en mi pupila para, sin entender de teologías, amarte hasta quemarme en tu abrazo de misericordia. La procesión y esta oración hecha Pregón llega a su fin. Un buen fin te pido Madre mía, tu misericordia para mi alma. Y estos humildes versos son el homenaje a Tí, compendio de la Pasión, amor de mis amores sobre todas las cosas.

*Por los caminos de la Amargura
-piedras de sangre, polvo de llanto-
por el sendero de los dolores
largos, muy largos...,
sin un gemido, sin un sollozo,
marcha la Madre hacia el Calvario.*

*Toda silencio. Mortal silencio
sella sus labios;
la frente inclina con el agobio
de su quebranto,
y en lo más hondo del alma-cielo
lleva la imagen del Hijo amado.*

*Para su pena no existe olvido,
tregua ni bálsamo...*

*Y cuando marcha la Dolorosa,
-mustia azucena, lirio tronchado-,
cuando vacila por el sendero
largo, muy largo,
pobres mujeres la compadecen,
santas mujeres siguen sus pasos,
y alguien murmura:
- Ved a la Madre
del supliciado,
esa es la Madre del Nazareno
que va a sufrir muerte y escarnio.*

*Siempre en silencio llora la Madre,
y hay en su llanto
misericordia por los que sufren,
por los que viven siempre llorando,
por cuantas madres hay en el mundo
que a un hijo miren sacrificado
sobre la cumbre de sus dolores
y en la amargura de su calvario.*

(Adaptación de M.R. Blanco Belmonte)